

ppau acababa de debutar, causó una gran consternación y una profunda irritación en todas direcciones y en todas las capas de la sociedad europea. Comprendese sin dificultad cuales fueron los sentimientos de los pueblos amenazados. Pero aún los gobiernos que no estaban interesados, los príncipes de los pequeños Estados, sentíanse presos de vivas inquietudes. En Munich, en Stuttgart y en Carlsruhe, hasta se pensó durante algún tiempo en convocar un contra congreso en Würzburg. El rey de los Países-Bajos expuso formalmente á Clancarky el reconocimiento que debía á Inglaterra por su protectora actitud, la que debía reunir al rededor de su gobierno á todos los Estados de segundo orden.»

Con esto es fácil juzgar la impresión que hubo de causar en Inglaterra las declaraciones de Troppau y la intimación altanera y humillante dirigida al rey de Nápoles para que compareciera en Laybach, en donde decía que estaría más libre para disponer lo que quisiera, cuando era á todos evidente que, si el anciano rey de Nápoles carecía de libertad en su capital, no la tendría mayor en Austria, y cuando se presentía ó se sabía que el rey de Nápoles, ni aún queriendo podría mantener en su reino la Constitución; pues aún cuando en Troppau se declaró que el solo régimen constitucional legal era el establecido graciosamente por los reyes, el impudente Metternich no ocultaba, habiéndoselo hasta dicho al mismo Kapodistrias, que en Nápoles no se consentiría por Austria el régimen constitucional de ninguna manera. Inglaterra hubiera podido indudablemente contener los pujos reaccionarios de Metternich y esto pidieron los whigs en la Cámara de los Comunes, pero Castlereagh, fiel á su política reaccionaria, se limitó á protestar de la amplia interpretación dada á los tratados y dejó hacer al canciller austriaco.

En Nápoles no se podía tener ilusión alguna sobre el resultado del Congreso de Troppau. Cuando se trataba de dar al rey de Nápoles condiciones favorables para que pudiera obrar con independencia en Viena no se recibían sus enviados, no solo á los oficiales, sino ni á los particulares. La cuestión de Nápoles era en Viena una cuestión austriaca, pues comprendíase allí, que de no ahogar de una manera decisiva la revolución napolitana, ya podía preparar el emperador Francisco constituciones para su reino lombardo Veneto. Viendo, pues, venir la tempestad el ministro de Estado de Nápoles, Campochiaro, quiso que constase de una manera inconcusa el carácter nacional del movimiento revolucionario napolitano, enviando al efecto una nota,—1.º de Oc-

tubre de 1820,—á las potencias europeas en la cual, después de exponer el asunto, acababa con valentía declarando que el rey y el pueblo napolitanos sabrían defender su libertad é independencia tomando por ejemplo «la heroica resistencia opuesta por los españoles á Napoleon.»

Campochiaro no obtuvo respuesta alguna de las potencias, pero como no era posible retroceder, el día 3 de Noviembre exigía del gobierno pontificio que impidiera á los austriacos el paso por sus Estados. Pero se notifican al gobierno napolitano las resoluciones de Troppau, y ya tenemos apagados los bríos de los que querían imitar la constancia de los españoles contra Napoleon. El rey por la Constitución no podía salir de su reino sin el consentimiento de las Cortes, y al valiente Campochiaro le faltaba tiempo para buscar de qué manera se podría burlar la Constitución guardando las apariencias. El expediente fué decir que el rey quería ir á Laybach en compañía de cuatro miembros del Parlamento, de esta manera se hizo creer que el rey estaría en Laybach con sus Cortes, llevando allí unas nuevas bases constitucionales que se redactaron en Nápoles, todo lo cual tenía disgustado á Pepe que comprendía que se iba á abrir una profunda excisión entre el pueblo, cuyo inmediato resultado sería desorganizarle en el momento mismo que necesitaba de toda su cohesión para resistir la inminente invasión extranjera.

Pepe, por la fuerza de las cosas, iba á verse convertido en cabeza de un partido. ¿Podía él, liberal y patriota, consentir que á espaldas del Parlamento se fuera á Laybach á resolver sobre la suerte de Nápoles? Ni á esta política podía dar su aprobación Pepe aunque la apoyara el gobierno, ni el pueblo napolitano podía presentarse tan cobarde que de buenas á primeras consintiera que por mandato del extranjero se suspendiera su Constitución. Así cuando la cuestión se presentó á la Cámara, el pueblo se arrojó á la calle pidiendo «la Constitución española ó la muerte.» Lo mismo sucedió en la Cámara. Al darse cuenta del mensaje real, relativo á la partida del monarca para Laybach, estalló en las tribunas tan enérgica protesta que, temiendo el Parlamento por su seguridad, envió á buscar á Guillermo Pepe para que lo cubriese con su popularidad,—7 de Diciembre.

Presentóse Pepe y no vaciló en declarar que estaba á las órdenes del Parlamento. Que estaba dispuesto á llevar al rey á Catersa si las Cortes lo decretaban, y que habían ya pasado los días de la moderación, siendo necesario obrar con gran ener-

gía, proponiendo al efecto á las Cortes que tomaran valientes resoluciones que él haría cumplir y ejecutaría de buen grado.

Hase dicho que Pepe quería escudarse detrás de la Cámara, y Gervinius no se muestra aquí justo con el general napolitano. Gervinius no admite ni las intemperancias de Riego, ni las prudencias de Pepe, poniéndose en contradicción, porque Gervinius en los momentos críticos, como las mujeres, quiere verse obligado para someterse á la ley de la fuerza. No, Pepe, comprendía de sobra que se necesitaba de la mayor suma de autoridad posible para mantener enérgica la protesta. Echándose las de Dictador no había de tardar en verse solo, ó rodeado de un puñado de fanáticos. Las clases medias y altas que habían hecho la revolución, se separarían entonces del ejército, al que acusarían de todos los males y el ejército se disolvería por encanto. Esto era evidente, y por esto Pepe no quería mandar sino obedecer. Las Cortes no quisieron mandar y autorizaron al rey para que se fuera á Laybach,—9 de Diciembre,—lo que hizo en seguida protestando de su constitucionalismo y de su amor al pueblo napolitano.

Pepe y el pueblo napolitano dejaron que partiera el rey,—14 de Diciembre,—sin protestar: el primero convencido sin duda alguna de que todo había acabado, el segundo engañado por la dinastía, pues lo mismo el rey que el regente, el duque de las Calabrias, se deshacían en protestas de fidelidad á la Constitución española, cuya causa decía el rey que iba á defender en Laybach. Con esto se lograba que la exaltación patriótica se calmara, que el gobierno dejara pasar el tiempo sin organizar la defensa y que los enemigos de la Constitución se fueran concentrando para obrar en el momento decisivo. También representó su papel el duque de las Calabrias que alentaba al clero á publicar sus pastorales contra la Constitución «obra del diablo.» Al cerrar las sesiones de las Cortes éstas dieron al país un manifiesto exaltando sus sentimientos liberales y su adhesión á las instituciones.

De lo que hablaron los soberanos reunidos en Laybach, de lo que allí se acordó, hablaron los hechos y no las palabras, pues no se dijo nada públicamente. Todos los que á Laybach fueron, iban de acuerdo. El rey de Nápoles que tan solemne y espontáneo juramento había prestado á la Constitución española, al llegar á Módena, fué confesado por su duque Fernando IV que le convenció de que podría pagar su perjurio con algunas ofrendas á la Virgen de la *Anunziata* de Florencia.

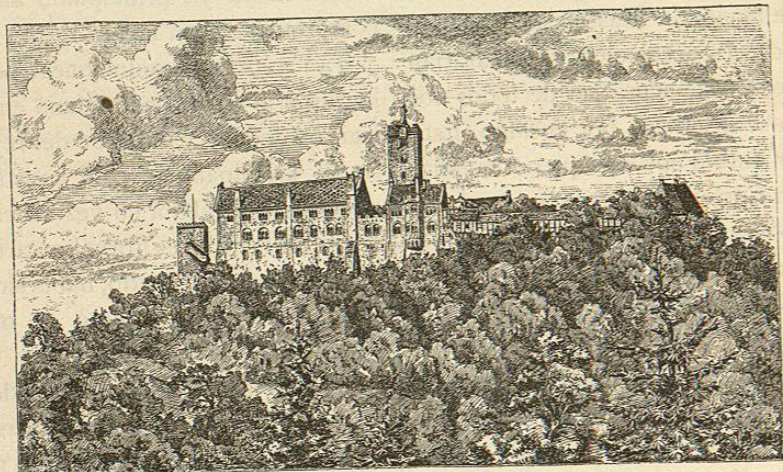
En Laybach, pues, las cosas fueron tan de prisa y corriendo, que habiéndose abierto las deliberaciones en 26 de Enero de 1821, cuatro días después, el duque de San Gallo, á quien se había separado del rey, era enviado á Nápoles portador de las resoluciones del Congreso de príncipes. Apenas había salido cuando se firmaba,—2 de Febrero,—el convenio que ponía á disposición del rey de Nápoles cuarenta mil austriacos que pasaron ya el Pó tres días después llevando á su cabeza al general Frimont. En el manifiesto que dieron los soberanos reunidos en Laybach, se hacía constar que en caso de ser necesario, Rusia uniría sus soldados á los de Austria. Prusia había ya principiado su hábil política de comprometer á su rival.

Tan rápidas resoluciones, por lo imprudentes, lanzaron al pueblo napolitano en masa á la calle. La traición infame y cobarde del rey, con ser tan notoria, la disculpaba el celo constitucional de su hijo mientras esperaba á su vez la ocasión de imitar á su padre. «El rey no es libre. La carta en que anunciaba que todo había acabado, había sido una imposición.» Pepe, llegado el momento de obrar, estuvo en su puesto. Hubiera querido que todo el mundo se comprometiera, que las Cortes declararan traidor al rey, pero las Cortes se limitaron á declarar que estaba prisionero, y pusieron al príncipe regente al frente del ejército conforme lo prevenido en la Constitución. Era tal la unanimidad, que los mismos miembros de la familia real, pedían un puesto en el ejército.

Tan sincero y ardiente era el entusiasmo del pueblo napolitano, que los embajadores se apresuraron á enterar á sus gobiernos de lo temerario que era lo que iba á hacerse. En Francia, Foy pronosticó un desastre para los austriacos, y en Laybach mismo los soberanos conjurados discutieron la conveniencia de reforzar el ejército invasor, pero el duque de Módena, perverso político, sabiendo lo que logra la traición si sorprende á su adversario, les convenció de que no tenía nada que temer, urgiendo sólo continuar resueltamente adelante. En su consecuencia, el rey de Nápoles firmó su proclama el 25 de Febrero, y el día 27 firmó la suya el barón Frimont que había de preceder á su entrada en su reino.

¿Podía Nápoles pretender salir victoriosa en una lucha contra Austria, cuando no tenía un solo aliado, y cuando Italia permanecía quieta?—Claro que no, y por consiguiente dicho se está que los prudentes y los traidores tenían ancho campo abierto á su obra demoleadora de las energías nacionales. Pronto, pues, se formó un partido en el que figura-

ban generales como Colletta, Carrascosa, Filangieri, Ambrosio, etc., á cuya cabeza se puso naturalmente el príncipe regente, con muy diferente intención por cierto, pues aquéllos pedían un acomodamiento con Austria para salvar lo posible, mientras el regente hacía de esa templanza necesaria un medio de intriga y de traición; así cuando Pepe presentó al duque de las Calabrias los nombramientos de los jefes que debían tomar el mando en el ejército activo, los encerró en su pupitre y se pasó un mes sin resolver. Más pérfida fué su resolución de dividir el ejército italiano en dos mandos independientes para Pepe y Carrascosa, cuando



La Wartburg

tarla contra los austriacos; quiso que se concentraran todas las fuerzas en el centro de las Calabrias para hacer una guerra de guerrillas contra los austriacos, pero esto no se lo consintieron, y lo primero no pudo llevarlo á cabo á falta de recursos.

Sentíase abandonado al frente del ejército enemigo que avanzaba resueltamente, y no podía retroceder sin deshonrarse, ni podía combatir porque no contaba con la victoria, y sin embargo, se resolvió á esto último para imponerse á todos: á sus adversarios que tenía á la espalda, á sus enemigos que tenía al frente. Esto lo consideraban también inminente los que no querían combatir para contemporizar y los traidores, así temiendo que Pepe no les comprometiera á todos, Carrascosa le dió orden de que se retirara de la frontera, en la que Pepe no vió más que el plan de entregar el país al extranjero. Al día siguiente del encuentro de Rieti, Pepe recibía la orden del príncipe regente de no batirse cualquiera que fueran las circunstancias en que se encontrase. Esto sabido, se comprenderá que la moral del ejército que había decidido sorprender á

los cuarenta y tres mil veteranos austriacos avanzaban formando una sola masa. Hija de la incapacidad militar del regente esta resolución ó mejor de la traición, el aislamiento de los dos cuerpos de ejército, daba por adelantado á los austriacos la victoria. Pepe, por más que quisiera, no podía sentirse resuelto lo suficiente para avanzar ni para esperar á pié firme con sus milicianos á los soldados austriacos, así su indecisión y sus vacilaciones que no podía ocultar, se comunicaban á su ejército que sentía ó veía la traición por todas partes. Pepe pensó en abandonar á Nápoles y lanzarse con lo mejor de sus tropas á través de Italia para levan-

los austriacos en Rieti, era desastrosa. Así y todo, la sorpresa hubiera dado buen resultado á operar todas las fuerzas con la debida precisión, porque los austriacos que no esperaban verse atacados, al ver el 7 de Marzo llegar á los napolitanos, temieron por su suerte y principiaron á organizar la retirada; pero reforzados á tiempo, esto es, cuando Pepe tenía que retardar el ataque por haberse retardado la columna del general Montemayor, cuando se principió el ataque, la superioridad austriaca era ya un hecho material, y los batallones de milicianos la dieron en correr arrojando las armas, y gritando traición y estamos vendidos, llevando la confusión á todas partes, siendo imposible en punto alguno formalizar el combate. Al día siguiente Pepe no tenía en Aquila más que dos mil hombres.

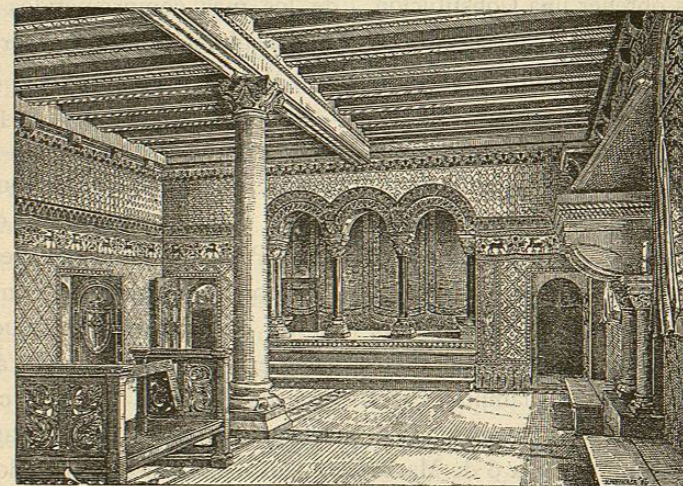
El ejército de Carrascosa se desbandó de la misma manera, sin ver la cara á un solo austriaco, de modo que si el general bullanguero se portó como un alborotador de oficio, los generales diplomáticos no lo hicieron mejor. Franco quedó el camino á los

austriacos, quienes no pudiendo creer lo que veían, continuaron avanzando con gran prudencia, pero como fuera la resistencia inútil, el mismísimo duque de Calabrias se encargó de proveer de dinero y pasaportes al general Pepe para que escapara á bordo de un buque español; y tan á las maravillas representó su papel el regente, que pudo hasta el último momento, con el Parlamento abierto, tener encausado á éste y la resistencia nacional paralizada en todas partes. Los austriacos entraron en la capital durante los días 21 á 23 de Marzo de 1821.

Si algo prueba la radical imposibilidad del triunfo de la revolución de Nápoles, es la facilidad con que

pudo tener secreto el regente un hecho que la hubiera podido reanimar después del encuentro de Rieti y prolongar por más ó menos tiempo su vida.

Ya hemos dicho que Pepe estuvo vacilando entre atacar á Rieti ó lanzarse por los Apeninos á través de Italia, y que Pepe no hizo esto falto de medios. Falto de medios materiales y morales, pues si no tenía dinero ni administración militar, tampoco sabía cómo sería recibido en la alta Italia, en donde quería llevar él la guerra; pero de seguro que hubiera salido de lo primero como hubiera podido, de saber que podía ser aclamado como un libertador, y esto no lo supo Pepe mientras estuvo en Italia,



La Wartburg.—Interior

cuando el mismo día en que reunía en Aquila los restos de su dispersado ejército, en el Piamonte se daba el grito de: ¡Viva el reino de Italia! y ¡Viva la Constitución! Pues este hecho ocurrido el día 8 de Marzo, fué tenido oculto á todo el mundo en Nápoles, y esto explica las facilidades que el duque de Calabrias procuró á Pepe para que emigrase, pues no hay duda de que, de saber lo ocurrido el general napolitano en Piamonte, se lanza esta vez por los Apeninos al corazón de Italia, llevando el fuego revolucionario en todas partes, y de esto es buena prueba lo que ocurre en Sicilia, pues al saberse lo ocurrido en Alejandría, Rossarol levanta la Sicilia cuando ya los austriacos dominan á Nápoles. Esta falta de relaciones, de intimidad entre los hombres que en Italia luchaban por la libertad, nos dice que Italia no estaba preparada, pues un país, dividido en tantos Estados como lo estaba Italia, y teniendo encima el peso abrumador de Austria, necesitaba de mayores inteligencias. Mientras cada uno

de los Estados obrase por su cuenta, Austria podía estar tranquila.

En efecto, el movimiento del Piamonte no tuvo jamás relación alguna con el de Nápoles; fué la obra de unos caantos entusiastas miserablemente engañados y traicionados por el que más adelante mereció el dictado de rey Mártir, que la desgracia santifica.

Reinaba en el Piamonte el viejo Victor Emmanuel y era su sucesor inmediato su hermano Carlos Félix. Ninguno de estos dos hermanos tenía sucesión, y el heredero presunto era el príncipe de Cárignan, Carlos Alberto.

Gozaba Carlos Alberto de las simpatías populares y de los reformistas, porque su padre, lejos de emigrar cuando la Revolución francesa señoreó el Piamonte, se resignó á su suerte y se hizo guardia nacional. Carlos Alberto fué educado por su padre en París, como Luis Felipe educaba á sus hijos, haciéndoles sentar en los bancos de las universidades y colegios entre los demás estudiantes. Era todo un